

RESEÑAS

GRACIARENA, JORGE,

Formación de posgrado en ciencias sociales en América Latina. Ed. Paidós (Psicología social y Sociología), Vol. 58, Serie Mayor, Buenos Aires, 1974, 160 pp.

La preocupación y el asunto central que aborda este libro: la latinoamericanización de los estudios de posgrado; la evaluación histórica de éstos y sus problemas principales. No obstante, en lo que se refiere a los problemas y su solución, Graciarena advierte: “En lo que sigue no debería verse otra cosa que una apreciación personal de los problemas tratados. Sin embargo, hasta donde me ha sido posible, he procurado exponer los fundamentos en que se basa aquella apreciación. . . “ Pero el acercamiento es objetivo y pone de manifiesto el amplio conocimiento que Graciarena tiene sobre el tema, mismo que entre nosotros hasta antes de este libro no había sido explorado a profundidad.

El panorama que se desprende de la lectura de este libro es esencial: la enseñanza de posgrado que se ofrece en ciencias sociales en Latinoamérica, sobre todo en lo que se refiere a la investigación y la docencia, no ha sido Planificada suficientemente y carece de una adecuación a las necesidades de la región, lo cual dificulta la propia evolución de éstas y contribuye a perpetuar la dependencia de un entrenamiento avanzado obtenido, la mayoría de las veces, en países hegemónicos (sobre todo Estados Unidos y Europa). La dificultad es, pues, superar, por medio del posgrado, la brecha tecnológica y la dependencia cultural y política a través de la formación de investigadores, docentes y profesionales del más alto nivel que estén en condiciones de reconocer la naturaleza y la peculiaridad de nuestros problemas. “La formación masiva del posgrado en el extranjero es una de las peores manifestaciones de la dependencia cultural.”

En casi todos lados, los programas modernos de formación de posgrado han sido establecidos siguiendo modelos tomados de las universidades europeas y norteamericanas y sólo limitadamente están adaptados a las condiciones y necesidades locales.

Así, para Graciarena, lo relevante es. ¿cómo estructurar en Latinoamérica un programa de doctorado de alto nivel científico que al mismo tiempo sea compatible con nuestra tradición de posgrado y las necesidades de modernización de las sociedades latinoamericanas?, ¿cómo mantener una integración entre el pregrado y el posgrado, es decir, los programas modernos de alto nivel académico con los tipos de formación más tradicionales y de más bajo nivel que aún persisten? y ¿cómo innovar sin transplantar instituciones formadas en otras tradiciones y cuya adaptación está lejos de haber sido realizada?

Es innegable que el posgrado tiene una importancia estratégica definitiva en lo que se refiere a la innovación y la transferencia tecnológica; una nacionalización (latinoamericanización) de tales transferencias reduciría muchos costos económicos y políticos. Pero esto “supone la existencia de un caudal de conocimientos que le permita a nuestros técnicos formarse su propia opinión; es decir, desarrollar la capacidad de emitir juicios más autónomos”.

Así, opina Graciarena, lo que necesitamos para modificar esta situación es preparar personal de alto nivel que produzca conocimientos avanzados, pues tanto la cantidad como el contenido de tales conocimientos dependerán básicamente del nivel de los investigadores encargados de este desarrollo. El problema se orienta entonces hacia las transformaciones que con este objetivo en mente, serían recomendables en las universidades y sus estudios de posgrado. Actualmente, dice Graciarena, hay una “hipertrofia” en las maestrías latinoamericanas (todas de 2 años) que se añaden a licenciaturas de 5 y 6 años, con lo cual el total llega a estudios que se prolongan hasta 7 y 8 años, cuando, en Inglaterra, por ejemplo, muchas de las nuevas maestrías duran sólo un año después del “bachelor” de 3 años; ¡casi la mitad del tiempo requerido!

Las razones que se aducen para justificar tal hipertrofia -dice Graciarena- son que el pregrado (licenciatura) latinoamericano, es muy malo y que por tanto la maestría es necesaria para elevar el nivel; o bien que la formación no es específica; así la maestría funciona como especialización.

Es por tanto urgente resolver estos problemas; de otro modo, como hasta hoy ha sucedido, se corre el riesgo

de perder los mejores candidatos, que quieren realizar estudios de posgrado, quienes frente a alternativas más favorables irán a estudiar al extranjero, donde pueden obtener títulos de posgrado de muy alto prestigio en menos tiempo, junto con las compensaciones y gratificaciones personales adicionales que tiene para muchos una experiencia de estudio en el extranjero. Las maestrías sólo son coherentes -piensa Graciarena- donde (Brasil, Colombia) las licenciaturas son cortas (no más de 4 años), pero aún así la duración de las primeras debería ser reducida a un año. La reestructuración no es fácil, lo que Graciarena propone es un estudio más a fondo y una mejor planificación del pregrado, la maestría y el doctorado.

La intención es reducir la competencia que ejercen las universidades extranjeras y aumentar las posibilidades de atracción de los candidatos más ambiciosos a través de la creación de programas de posgrado más adecuados para ellos en el país o la región. Hay que considerar, pues, la posibilidad de establecer regímenes especiales de estudio para los candidatos más calificados y mecanismos de autoformación de personal docente y de investigación. El candidato ideal sería el ogresado desde hace varios años (que anda por los 30), con experiencia docente y/o de investigación, que sabe más o menos lo que quiere y que ha madurado intelectual y emocionalmente. “Por fortuna -dice aliviado Graciarena- la tendencia hacia el desarrollo competo del posgrado es tal, que los doctorados serán establecidos brevemente (en América Latina). ..”, puesto que se cuenta ya o se contará muy pronto con el suficiente personal.

Las prioridades preferenciales de becas, deben otorgarse a personas ya formadas y, como ya se dijo, con estudios de posgrado total o parcialmente realizados en la región, vinculados a universidades o centros de investigación y que deseen hacer estudios en materias especializadas para las cuales no hay una adecuada oferta nacional o regional de servicios de formación avanzada. Individuos que por su edad y formación lograrían un aprovechamiento más rápido y completo de la experiencia externa, así como de sus posibilidades de aplicación a nuestro medio. Además, se evitaría el “efecto de deslumbramiento” que es tan común entre personas jóvenes cuando se encuentran con ideas novedosas.

No es que deba romperse el contacto con el exterior, quizá incluso deba intensificarse, lo que tiene que cambiar es el sentido de las relaciones, hasta ahora asimétricas y desfavorables, y poner el énfasis en relaciones de igual a igual con los centros de estudios latinoamericanos en Estados Unidos y Europa.

Es recomendable que la estancia en el extranjero sea corta para evitar posibles desarraigos. Un doctorado que se completa en el extranjero implica una posibilidad de fuga de cerebros, puesto que tal entrenamiento equivale a un rito de iniciación a la cultura académica del país donde se estudia y puede implicar una transformación intelectual que vuelve al estudiante reclutable para cargos universitarios o de investigación en el país extranjero. Por otra parte, el desarraigo es común y obliga a una readaptación siempre difícil y muchas veces fallida: las herramientas intelectuales desarrolladas, muchas veces predisponen a enfoques no adecuados; las condiciones son distintas, los recursos otros, etc. Obviamente tales instrumentos fueron creados para otra u otras realidades. Además, las ciencias sociales de los países dependientes no pueden tener las mismas orientaciones valorativas que las de las potencias dominantes, justamente lo que se intenta es modificar esa situación.

Refiriéndose más específicamente a la sociología, Graciarena aborda el problema de: ¿cuál debería ser la orientación de esta ciencia?, es decir, ¿cuál es o debería ser la filosofía del posgrado? Y consigna la oposición entre quienes abogan por una sociología pura o analítica, una ciencia escéptica basada en el conocer y el pensar, y una sociología de problemas que cuestiona la neutralidad de la ciencia en sí y que pone el énfasis en la actuación y la resolución de problemas; opiniones que provocan que las ciencias sociales se vean expuestas a demandas contradictorias y a poderosas presiones. De hecho -dice Graciarena- una parte considerable de la crisis de las universidades con los gobiernos latinoamericanos, proviene del hecho de que aquellos no sirven al poder como éstos pretenden. Sin embargo, piensa Graciarena, pese a que las presiones son, en efecto fuertes, el planificador y el profesional disponen de algún grado de autonomía que, bien ejercido, puede contribuir a un desarrollo social más efectivo y justo.

Por otra parte, la opinión de Graciarena, que se lee entre líneas, es que un tipo de sociología que desmiembra la realidad (sociología analítica), pero no reconstruye luego la unidad del objeto, no es el tipo de saber con el que se, pueden interpretar los grandes problemas sociales tomados como unidades reales. Es menester

otro tipo de ciencia social capaz de producir un conocimiento adecuado que diagnostique el estado y la evolución de situaciones y procesos reales; en suma, un tipo de conocimiento que sirva para incrementar la predictabilidad científica y orientar la práctica social. Un sociólogo analítico, carece de la capacidad integradora que requiere la acción; “. . . la habilidad para clasificar y segmentar problemas no puede ser la finalidad última del conocimiento sociológico cuando el objeto es la acción, apenas puede ser su punto de partida”.

Una posible solución sería la reintegración de las ciencias sociales en un saber comprensivo que englobe las perspectivas parciales; Manheim, recomendaba que esta ciencia integradora fuera la sociología. Otra solución que busca más o menos lo mismo es la interdisciplinariedad, pero la mayoría de los problemas que plantea o plantearía su instauración efectiva no han sido aún resueltos.

Ahora bien, si se acepta que el objetivo primordial del posgrado en ciencias sociales es la formación de investigadores y docentes universitarios orientados hacia los problemas del subdesarrollo de Latinoamérica, se imponen dos supuestos:

- una fuerte identificación de investigador con los problemas específicamente latinoamericanos a punto de convertir a éstos en los objetos intelectuales de su trabajo científico,
- y una preocupación menor por la ciencia “pura” y mayor por los problemas concretos cuyo producto se vincula con la práctica social.

Por otra parte, piensa Graciarena, en el posgrado la orientación general”, debe predominar sobre la orientación técnica: la posición de esta última debe estar necesariamente subordinada a los requerimientos de la formulación de estrategias de acción. Así, el posgrado debería orientarse hacia el terreno de las políticas de desarrollo. Pero sería cuestionable que ésta fuera la meta prioritaria conveniente para el pregrado o para una carrera corta en sociología. Es decir, lo que parece conveniente es poner un énfasis técnico en las carreras cortas o intermedias, puesto que el nivel de las técnicas requiere generalmente menos madurez intelectual que el de las políticas; se trataría, pues, de la habilidad para manejar algo y hacerlo funcionar en las carreras cortas o intermedias y la habilidad para comprender ese algo y sus consecuencias, orientación que se enfatizaría sólo a nivel de posgrado. De ninguna manera esto quiere decir que se descuide la formación general, lo que se propone es la profesionalización temprana del sociólogo en el nivel de las técnicas y una reservación de la etapa de profesionalización plena al nivel de “las políticas”, para los estudios de posgrado. Un estadístico, por ejemplo, no tiene por qué ser lanzado al terreno de las políticas.

Una formación de sociólogos formadores de “políticas” (posgrado), supondría:

- estar interiorizado de y orientado hacia los problemas de la sociedad y tener una imagen adecuada de ésta;
- tener un enfoque interdisciplinario: mentalidad necesaria para entender el punto de vista de otros especialistas y, más aún, para remontarse por encima de su propia perspectiva parcial hacia un enfoque global que incluya la de otros especialistas;
- y estar dispuesto a comprometerse con los problemas y no eludir la controversia ideológica, pero sin descender al nivel de la disputa de partido.

Además, es indispensable que el sociólogo orientado hacia las políticas sea formado en escuelas latinoamericanas; trata de no perder la proximidad con los problemas y de tener la posibilidad de conocerlos y tratarlos directamente, así como de que se tenga o adquiera una óptica latinoamericana que sirva para reforzar (o crear) los vínculos ideológicos del sociólogo con los problemas del desarrollo social y regional.

Los alumnos graduados en Estados Unidos, por ejemplo, no forman un grupo homogéneo, pero por lo general están mejor formados y pueden realizar tareas que requieren un mayor grado de autonomía. Sólo pocos siguen una línea de compromiso ideológico, la mayoría tienen poca responsabilidad social; el interés ideológico (si lo había), se ha diluido y ahora estas personas están disponibles para tomar compromisos diversos. Tal disponibilidad ideológica aunada a su formación metodológica los hace proclives a convertirse en un grupo tecnocrático que convierte a las ciencias sociales en alternativas técnicas y nunca políticas y que circunscribe su función a un procesamiento instrumental de las políticas del poder. Esto es, por otro lado, lo que sucede cuando la estrategia educativa está puesta en lo fundamental al servicio de un entrenamiento restringido a la metodología y fuertemente orientado hacia el lado matemático y estadístico. Como ya he expresado más arriba -habla Graciarena- este tipo de formación podría ser conveniente para el pregrado o cursos cortos, pero no para el posgrado.

Una investigación interesante -dice- sería estudiar el contenido temático, la teoría y la metodología de las tesis de latinoamericanos graduados en sociología en Estados Unidos, para establecer dos cosas: ¿cuáles han sido los estilos predominantes en ellos, y qué influencia han tenido en el desarrollo de la sociología latinoamericana?, puesto que tal grupo controla una esfera bastante estratégica desde la cual ejerce una gran influencia sobre la formación de las nuevas generaciones de sociólogos latinoamericanos, pues muchos de ellos dictan cursos de metodología desde los cuales influyen sobre las orientaciones de la investigación.

Las nuevas generaciones de sociólogos no quieren refugiarse en torres de marfil; al contrario, sienten un vivo compromiso con la realidad social y quieren alcanzar un conocimiento más concreto que sea al mismo tiempo un instrumento eficaz para el cambio social. Pero este es un estado de espíritu predominante no sólo entre sociólogos y estudiantes de sociología, también ha invadido a todas las ciencias sociales y a las capas intelectuales de Latinoamérica.

Por otra parte, los problemas de la sociología asumen una forma personalizada y humana que se encarna en los sociólogos; sería bueno que estas relaciones se modificaran, pues hasta ahora más que relaciones de transferencia e intercambio, lo que predomina es el antagonismo abierto o latente y se deja de lado la resolución en común de problemas, la participación en equipos, etc., es decir, la confianza recíproca, la ética científica, la flexibilidad ideológica.

El tratamiento exhaustivo que hace Graciarena del tema, hace su libro de lectura indispensable para todos aquellos que tienen o han tenido algo que ver con los estudios de posgrado e informa al lector común sobre cuestiones que son de gran importancia para la educación. Por razones de espacio, dejamos de lado toda la parte histórica sobre la formación del posgrado en América Latina, pero esta es también muy ilustrativa y comprensiva.

FRANCISCO J. GONZÁLEZ O.